

OTROS MUNDOS

Relatos cortos

Yasmina Romero Morales (ed.)



OTROS MUNDOS

Relatos cortos

8

Yasmina Romero Morales (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica
Edicions de la Universitat de Lleida
Lleida, 2023

En conmemoración del
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2023

Edicions de la Universitat de Lleida, 2023

del texto: los autores y autoras

Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-451-0



Índice

Prólogo	
<i>Yasmina Romero Morales</i>	7
Vivir, morir y otras tonalidades de gris	
<i>Eva Peral Martínez</i>	9
Mirakle	
<i>Sol Gutiérrez</i>	15
El camino hacia la luz	
<i>Irene Cirera Lumbierres</i>	23
La chica de la chaqueta gris	
<i>Marta Pujol Vázquez</i>	31
El ensordecedor silencio	
<i>Pau Sala</i>	39
Frida, dame una piedra	
<i>Sara Díaz Zannol</i>	47
Comentarios del jurado	55

Prólogo

El presente volumen aúna los relatos premiados en el *VIII Concurso de Relatos Cortos*, organizado en el curso 2022-2023, por el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica de la Universidad de Lleida. El tema de esta VIII edición ha sido Otros Mundos. Una elección que conmemora el centenario del nacimiento de Carlos Edmundo de Ory (1923-2010), poeta y cuentista. La palabra creadora de Edmundo de Ory aparece siempre iluminada por la búsqueda incesante de otros mundos, otros seres, otras cosas. A lo largo de su vida, esa fue una de las razones profundas que moviera el mundo de sus relatos: la creencia de que la realidad, en su sentido más cabal, se encuentra escondida, agazapada, en los lugares más recónditos de nuestra existencia cotidiana. El sueño es una de las puertas de acceso a ese mundo “otro” que nos reclama sin cesar. Como a Alicia, la niña que tuviera la valentía de hollar el país de las maravillas, el lado del espejo nos espera. De nosotros depende descubrirlo. Solo así nos conoceremos mejor. Solo así, también seremos más libres y auténticos.

Las siguientes páginas son, por tanto, el resultado de un emocionante viaje literario a esos Otros Mundos y cada uno de los relatos una ventana hacia realidades inexploradas y emociones latentes. A través de las palabras tejidas por las y los ganadores de este *VIII Concurso de Relatos cortos* se ha dado vida a personajes inolvidables, escenarios cautivadores y tramas hábiles que descubren el latido acompasado de nuestros corazones. Desde las profundidades de la fantasía hasta las intimidades más sinceras de la vida cotidiana, cada historia, cuidadosamente seleccionada por un jurado experto, es una pequeña obra de arte que transportará a lugares desconocidos. Sin embargo, no significa que este volumen sea solo una recopilación

de relatos, es mucho más, nos encontramos ante un tributo a la creatividad y al poder transformador de las historias. Cada página alienta el espíritu de la imaginación y refleja la pasión y dedicación de aquellos y aquellas que han dado vida a estas letras.

Asimismo, es importante destacar también que la selección de textos no fue tarea fácil, en esta VIII edición participó un gran número de estudiantes de la Facultad de Letras de la Universidad de Lleida y también estudiantes de enseñanza secundaria (Enseñanza Obligatoria, Bachillerato y Ciclos Formativos). Más de una centena de textos, verdaderos talentos literarios, de los que destacamos su alta calidad y que hicieron al jurado sumergirse en un océano de palabras, emociones y mundos imaginarios.

Para finalizar, agradecer al Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica la organización de este *VIII Concurso de Relatos Cortos*; a la Facultad de Letras, al Vicerrectorado de Estudiantes y Ocupabilidad y al Vicerrectorado de Cultura y Extensión Universitaria de la Universidad de Lleida su patrocinio y compromiso; al jurado de esta edición compuesto por la Dra. Montserrat Parra Albà, el Dr. Julián Acebrón Ruiz, el Dr. Carlos Rizos Jiménez y la Dra. Yasmina Romero Morales por su dedicación y esfuerzo; pero, sobre todo, nuestro profundo reconocimiento a todas las personas participantes. Vuestros textos nos corroboran la importancia de las palabras, la trascendencia de las narraciones y el poder transformador de la literatura.

Yasmina Romero Morales

Profesora del Departamento de Filología y Comunicación
Coordinadora del Grado en Filología Hispánica
de la Universidad de Lleida

VIVIR, MORIR Y OTRAS
TONALIDADES DE GRIS

EVA PERAL MARTÍNEZ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

¿C UÁL ES la diferencia entre pensar e imaginar? ¿Qué aspectos definen la línea que separa ambos conceptos? ¿Acaso no pensamos cuando imaginamos? Y, ¿no es imaginar, o suponer, una parte esencial del ejercicio pensativo? Relacionamos el pensar con un análisis más objetivo, más argumentativo, más factible y terrenal; mientras que imaginar significa dejar volar la mente, trasladarse a otros mundos, lugares en los que hacemos posible lo imposible, espacios en los que todo lo que no cabe en nuestro mundo físico encuentra su lugar. Pero ¿no hacemos esta misma conexión de ideas entre los conceptos que sí habitan la realidad? ¿No es pensar, acaso, tejer redes entre diferentes ideas? Y, ¿no es imaginar tomar estas mismas ideas y unir las mediante características o conceptos que también existen en la realidad? Los pájaros vuelan, los caballos no. Estas son ideas racionales pertenecientes a lo que podríamos denominar “el pensar”. Pero, si lo trasladamos al campo imaginativo, podemos llegar a la idea de un caballo volador, un concepto del imaginario que, en realidad no es otra cosa que la unión de estos dos conceptos (caballo y volar) que ya existen en nuestro mundo. Por lo tanto, la diferencia entre imaginar y pensar, si es que la hay, no debe ser muy lejana.

Y, ¿cómo pensamos o imaginamos? ¿Pensamos hablándonos a nosotros mismos? ¿Hay una voz, hay un idioma? ¿Son imágenes lo que viene a nuestra cabeza, o palabras? ¿Qué diferencia un pensamiento de un sentimiento? ¿Cuándo sabes que lo que discurre por tu mente es un pensamiento, algo creado por ella misma, o un sentimiento, algo creado por tu mente pero a consecuencia de estímulos externos? ¿Qué te dice tu mente? ¿Qué te comu-

nica? ¿Te habla? ¿Te narra? ¿Es nuestra mente la única capaz de hablarnos en silencio? ¿Es la única capaz de comunicarse desde dentro, sin necesidad de ningún otro medio que sí misma? ¿Te habla en este silencio o te cuenta en voz alta? ¿Conversas con ella o sois uno solo? ¿Es un diálogo o es un monólogo? ¿Cuántas voces tienes? Si tiene voz, ¿tiene el mismo timbre que la tuya? O, ¿tiene un timbre y una tonalidad más aguda? ¿O más grave? Seguro que la de todos nos es, al menos, conocida.

Amalia pensaba, generalmente, en silencio y con voz tranquila. Esto era porque los momentos en los que reflexionaba solían coincidir con un estado cansado, aunque no lo suficientemente exhausto como para incapacitarla del pensamiento lúcido. Era el nivel de cansancio justo que le evitaba ser capaz de prestar atención a más de una cosa. Solo podía dedicarse a escucharse a sí misma y ninguna distracción podía alterarla, ya que su atención estaba completamente absorta en la reflexión. La manera en la que pensaba también dependía del momento del día en el que lo hacía. Hacerlo una mañana tranquila de sábado, en la que podía tomarse el café sentada y desayunar tostadas calientes, era una experiencia muy distinta. Solía poner la mantequilla sobre el pan inmediatamente después de que las tostadas saltaran para que, de esta manera, la crema se deshiciera con el calor lentamente y pudiera esparcirla sin mayor problema. Disfrutaba mucho de aquel ritual: en su nariz el olor dulce y suave de la mantequilla fundiéndose, y en su boca el sabor áspero y amargo del café. Muchos de sus mejores discursos surgían de aquella mezcla de olores y sabores que tan bien conocía pero que siempre disfrutaba como si fuera la primera vez. Aunque, cuando el café comenzaba a provocar su efecto excitante, la mente de Amalia pasaba a un segundo plano y era su cuerpo el protagonista ahora, que le pedía acción.

Eran también diferentes sus pensamientos cuando observaba el mar. Caminaba por el paseo marítimo de su pueblo casi cada día, lo que le proporcionaba infinidad de momentos para dejar su mente discurrir. Los discursos cavilados en aquellas situaciones eran realmente distintos. Mientras que los pensamientos de las mañanas tranquilas de los sábados se caracterizaban

por ser de un tono brillante, casi positivo, la ferocidad del océano le inspiraba pensamientos mucho más absolutos y voraces. Eran estos, también, mucho más creativos ya que Amalia se permitía dejar llevar por sus sentimientos más pasionales, y de esta manera, llegaba a conclusiones mucho más drásticas y absolutas. Debía ser por el aroma salado del mar que, de igual manera en la que la sal realza los sabores de los alimentos, también ensalzaba las características más recónditas de la personalidad de Amalia. ¿Podríamos decir que era entonces cuando su más pura esencia salía a la luz? Amalia no estaba segura, puesto que consideraba las reflexiones gestadas en ocasiones distintas igual de lúcidas que aquellas, incluso siendo estas contradictorias entre sí. Aunque era cierto que la duda de si la sal y las olas desvelaban su verdadero ser era una cuestión que tenía presente muy a menudo.

Otras ocasiones en las que Amalia se sumergía en la reflexión era cuando se veía, de alguna manera, forzada a ello. Esto se daba, por ejemplo, cuando debía entregar un trabajo a tiempo y no lo tenía al día; o cuando debía encontrar soluciones a distintos problemas en un preciso instante. Le molestaba mucho tener que hacerlo cuando no se encontraba lo suficientemente despierta o no le apetecía reflexionar sobre aquellas cuestiones en ese momento. Estas ocasiones le generaban punzadas de ansiedad y malestar, pues suponían una irrupción mental para los quehaceres de su cerebro. Aunque habitualmente acababa admitiéndose que, después de ese corto periodo de ansiedad, de tener que enfrentarse al cambio de estatus mental, al nuevo reto cognitivo y al miedo de no llegar a concluir de la manera que ella consideraba óptima, sus discursos solían estar firmemente argumentados. Encontraba relaciones que, por mucho que hubiera reflexionado con anterioridad sobre aquello, no había ni siquiera llegado a atisbar.

Amalia era feliz. Esta era una de las certezas a las que siempre llegaba independientemente del momento de su reflexión. No todo le agradaba, pero se encontraba en paz consigo misma. Tenía dudas, muchas, miles, infinitas, y siempre surgían otras nuevas cada vez que trataba de disipar las anteriores, pero era feliz tratando de desenmascararlas. Saber que nunca hallaría respuesta a todas sus cuestiones, en lugar de inquietarla, la tranquilizaba. Su mundo interior, todos estos discursos y reflexiones eran lo

que realmente la llenaban. Por supuesto que también le gustaba disfrutar de sus sentidos; el sol acariciando sus mejillas durante las últimas horas del día, el aroma de las plantas de lavanda de su vecina, el gusto de un vino servido a la temperatura justa... Pero no era lo mismo, en esas cuestiones ella no podía hacer otra cosa que interpretar lo que la realidad le proponía. Pensando, en cambio, era ella quien marcaba los ritmos y la dirección del discurso. No había nada ni nadie más. Y se sentía libre.

Sí que había, en cambio, una cosa que la perturbaba: la tormenta que habitaba el rostro de su madre. Ella venía a verla cada día, y cada día traía los ojos cargados de angustia. A veces sonreía, a veces tenía un tono de voz alegre e incluso parecía soltar una carcajada, pero la última mirada, siempre, estaba teñida de gris. Amalia soñaba con eliminar esa opacidad del rostro de su madre, soñaba con contarle todo aquello que hacía cada día. Estaba segura de que si ella supiera lo feliz que la hacían sus abstracciones, esta se calmaría. Lo había pensado muchas veces: cogería aire de sus pulmones, abriría la boca y por sus cuerdas vocales fluirían las palabras vibrando desde la cavidad de su garganta hasta el borde de sus labios: “Mamá, estoy bien”, sonaría alto y rotundo. Pero el único sonido que Amalia podía emitir no salía de su cuerpo, sino de la máquina que controlaba que su corazón no dejara de latir.

MIRAKLE

SOL GUTIÉRREZ

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

ESTABAN JUNTOS desde la adolescencia. Eran inseparables, el uno para el otro. Se entendían con tan solo una mirada y su amor se hacía cada día más fuerte. Ella era alta, de largo pelo lacio y ojos tan grises como nubes anunciando tormenta. Era demostrativa y muy sentimental (a veces demasiado), pero solo sus seres más cercanos conocían esa característica. Su nombre era Allison. Él se llamaba Sam; era perfecto en todos los sentidos, siempre atento y gentil. Tenía la sonrisa más linda del mundo; sus ojos eran del color de la miel y tan dulces como ella, y su cabello, dorado como el trigo. Ese año cumplirían su decimosexto aniversario como novios y el primero como marido y mujer.

Para celebrarlo, se irían de viaje junto a su hija, Chloe, y el bebé que estaban esperando. Chloe era hermosa; tenía los ojos de su madre y la sonrisa de su padre, aunque en muy pocas ocasiones se la veía con ella. Jamás hablaba con nadie, se relacionaba tan solo con su familia. Le asustaba tanto el mundo exterior que siempre estaba escondiéndose. Era más inteligente que cualquiera y, cuando se sumergía en el papel para refugiarse, creaba los más magníficos dibujos.

Para que ella pudiera disfrutar también el viaje, irían a una pequeña ciudad rodeada de bosques y lagos, donde vivía no mucha gente. Habían planeado todo perfectamente. El 14 de abril emprenderían vuelo hacia aquel país lejano. Como la ciudad destino no tenía aeropuerto, aterrizarían en otra a varios kilómetros de allí y luego tomarían un viejo tren.

Llegó el 13 de abril, ¡faltaba solo un día para su soñado viaje! Al fin podrían escapar de su ruidosa y muy poblada ciudad, al menos por un tiem-

po. Ya tenían todo preparado; debían llevar abrigos, el invierno se acercaba. Allie empacó un par de libros; Sam, sus zapatillas más cómodas, y Chloe, un nuevo bloc de dibujo junto a sus preciados lápices: estaba dispuesta a dibujar cada paisaje.

Una vez en el aeropuerto, debían presentar la documentación y pasar por todos los controles antes de subir al avión. A la joven no le gustaba nada aquella aglomeración de gente, por lo que caminaba al compás de su madre, sin emitir palabra alguna. Cuatro horas más tarde, tomaron su vuelo. Chloe se sentó del lado de la ventanilla y comenzó a dibujar, Allie leía un libro apoyada en el hombro de Sam, mientras este miraba una película en la pantalla de su asiento. Todos estaban muy ansiosos por llegar; las 15 horas parecían hacerse eternas.

Era la séptima hora cuando los tres —o, mejor dicho, cuatro— dormían profundamente. De repente, una gran explosión los despertó sobresaltados: ¿qué había sido eso? Segundos más tarde, comenzaron a escucharse gritos, llantos, sollozos y hasta plegarias. Todo el equipo del avión, que temblaba y perdía altura a gran velocidad, se puso en movimiento. Del techo aparecieron máscaras; y, como estaban pasando por encima del océano, la gente comenzó a ponerse el chaleco salvavidas. Un sendero de luces se encendió a lo largo del pasillo y las órdenes de una azafata resonaban en la mente de Chloe, quien miraba, como perdida, por la ventana. Allie lloraba desconsoladamente implorándole a su hija que se levantase del asiento; pero ella parecía no escucharla, estaba inmersa en su mente, aislada de los demás.

De pronto, se levantó y miró a sus padres como volviendo a Tierra. Sam esbozó una sonrisa tranquilizadora e intentó rodearla con sus brazos, pero la joven salió corriendo por el pasillo y se encerró en el baño. La madre comenzó a desesperarse aún más, ¿qué debía hacer? Pensó en ellos por un momento y en su hijo, que nacería en unos pocos meses. Los recuerdos de su vida se reproducían en su mente: cada momento vivido con Sam, el nacimiento de su pequeña y los mejores tiempos con ella. Sentía que su cuerpo se desvanecía. Sam intentaba convencerla de que se fuera, que siguiera a la azafata; le prometía sacar a Chloe de ahí y encontrarse luego,

todos a salvo. Pero Allison no podía hacer eso, no iba a dejar allí dentro a las dos personas que más amaba. No sabía si lograrían salir o no, pero permanecerían juntos.

No quedaba nadie a bordo. Con el alboroto, ninguna persona se había percatado de la presencia de aquella familia en el fondo del pasillo, más allá de la cortina. No lograron que la niña saliera del baño. El avión se estrelló, impactando repetidas veces contra el suelo. Los cuerpos de Allie y Sam no dejaban de golpearse contra las paredes y las butacas; y aunque la cabina donde estaba Chloe amortiguaba un poco los golpes, los tres quedaron inconscientes por el impacto. Estaba todo hecho pedazos, había partes de la nave desparramadas por doquier. Era un escenario atormentador, no parecía haber rastros de vida.

Sin embargo, Chloe despertó; y al ver a sus padres en tal estado, golpeados y ensangrentados, comenzó a gritar desaforadamente. Se escuchó el crujir de unas ramas y unos pasos aproximándose; de entre unos arbustos, salió un joven, seguido por tres niñas. Los cuatro estaban a medio vestir, andaban descalzos y con tan solo un harapo sobre sus cuerpos. Tenían tez oscura y pronunciadas facciones, sus grandes ojos azules iban acompañados de una penetrante mirada. El rostro del muchacho estaba pintado con líneas blancas y, al ver a la hermosa chica, una sonrisa resplandeciente se dibujó en él. El cabello de las niñas había sido trenzado a la perfección, eran realmente preciosas.

Al contemplar la trágica escena, el joven emitió un grito desgarrador que, más que como el de un ser humano, sonó como el de un animal. Aparecieron entonces cuatro hombres adultos con las mismas características de los muchachos. Intercambiaron un par de palabras, de las que Chloe no pudo entender ni una, y cargaron a los padres de la joven en sus espaldas. El chico le hizo una seña para que la muchacha lo siguiera y las tres pequeñas lo imitaron sonrientes. Millones de preguntas surgieron en su mente: ¿A dónde los llevarían? ¿Qué clase de tribu sería aquella? ¿Correrían peligro?

Llegaron a una especie de aldea perdida en el tiempo, todos allí se quedaron mirando muy sorprendidos a la joven y a las moribundas personas

que los hombres cargaban. Una anciana muy adornada le dio la bienvenida a Chloe y atendió de maravilla a sus padres.

Luego de largas horas de trabajo, se salvaron milagrosamente; para la noche, ya habían recuperado el conocimiento. Al despertar, se miraron extrañados; ninguno comprendía bien qué estaba pasando. Se alegraron muchísimo al ver a su hija viva y en tan buen estado, y Allison sintió una inmensa felicidad al notar las pataditas de su bebé en el interior de su vientre.

La noche siguiente, hicieron una ceremonia en su honor. Parecían muy contentos de que alguien los fuera a visitar. La mujer dejó que le trenzaran el pelo y se sorprendió mucho al ver que su hija, risueña, también había aceptado. Todos cantaban y bailaban a la luz de la luna. Chloe estaba sentada al lado de una fogata dibujando, pero con una gran sonrisa en el rostro. En un momento de la ceremonia, se le acercó el mismo joven que la había encontrado la mañana anterior. Entre señas, pudieron entablar lo más parecido a una conversación; él se presentó: le dijo que su nombre era Kahuil y que era parte de los “Mirakle”. Aunque suene extraño, la niña se mostraba abierta e interesada ante lo que el muchacho decía. Después de todo, si no hubiera sido por su ayuda, no se habrían salvado.

Pasaron varias semanas, ninguno de los tres sabía dónde estaban; sin embargo, junto a aquellas personas alejadas de la civilización, la estaban pasando muy bien. Allison y Sam notaron un gran progreso en su hija; todas las mañanas salía a pasear con Kahuil y charlaban juntos. Ambos se habían encariñado mucho. A la joven se la veía libre, relajada y muy contenta. Había hecho dibujos hermosos de cada lugar al que el muchacho la había llevado y ya casi dominaba el idioma de los Mirakle. Se sentía muy cómoda en aquel ambiente totalmente natural. ¡Por fin podía ser ella misma!

Vivieron días muy divertidos y aprendieron una infinidad de cosas junto a la tribu. Uno de los más memorables fue el del solsticio de invierno: hubo un ritual muy vistoso, donde todos debían vestirse con trajes especiales, se dibujaban el cuerpo y la cara, y cantaban unidos, para atraer a los buenos espíritus y ahuyentar a los malos. Otro fue la competencia anual de pesca, en la que su equipo, con la ayuda del astuto Kahuil, obtuvo la victoria.

Pero el mejor de todos fue el día en que Chloe decidió convertirse en una de ellos. Nadie la había visto tan feliz jamás y Kahuil nunca se había dado cuenta de lo preciosa que era, ¡parecía una princesa! Esa noche, una vez a solas, el muchacho le confesó su amor. La joven, como respuesta, hizo algo que nunca había hecho antes: tomó la cara del chico de la sonrisa radiante y el corazón más puro que podía existir y lo besó. Ambos se ruborizaron y quedaron contemplándose en la penumbra por unos segundos, para luego fundirse en otro dulce beso. Era una sensación nueva y a Chloe le encantaba. Esperaba poder permanecer allí el resto de su vida. El viaje había salido mucho mejor de lo que se imaginaba.

Algún tiempo después, apareció un helicóptero: “¡Los encontramos!” exclamaban las personas de su interior. Habían estado buscándolos desde el accidente y no los habían podido encontrar hasta entonces. El piloto del helicóptero les explicó dónde se hallaban. Les dijo que el pueblo más cercano a la isla estaba a varios días de allí, que ya habían comunicado su ubicación y que vendrían a rescatarlos.

Ante semejante anuncio, Chloe quedó paralizada, no tenía sentido, ¿por qué tenían que irse? ¿Qué mejor que quedarse en un lugar así? La joven abandonó la aldea corriendo y Kahuil salió tras ella, pero estaba perdida; volvió a aislarse, a sumergirse en su propio mundo. Los padres notaron este repentino cambio. Todo lo que había avanzado en ese tiempo se disolvió en un instante y le afectó tanto que no volvió hasta el día siguiente. Sabían que su hija se sentía bien en aquel lugar, pero debían pensar también en el bebé que estaba por venir: necesitaban una casa, un trabajo y luego una escuela para que el niño estudiara. Existía también otra opción (volver a su país y dejar a su hija allí), pero ninguno de los tres podría llegar a soportarlo. Chloe debía irse con ellos.

Luego de mucho meditarlo, llegaron a un doloroso pero necesario acuerdo: ese era el lugar ideal para Chloe y, si ella así lo quería, Allie y Sam debían aceptarlo. Al fin y al cabo, ya era considerada parte del grupo; y aunque ellos no podían quedarse, tampoco volverían a su país. Se mudarían al pueblo del que les habló el rescatista y verían a su hija cada fin de semana.

Cuando compartieron su decisión con Chloe, ella volvió a llorar; pero, esta vez, de alegría. Les dio las gracias millones de veces y los tres se unieron en el más cálido de los abrazos. Después de esto, salió como un rayo a contárselo a Kahuil.

La despedida fue difícil, sobre todo para Allison, que no dejó de gimotear un segundo. Mas, tal como habían acordado, Chloe se quedó en la aldea. Prometieron volver a verla el viernes mientras la joven los saludaba entre lágrimas.

Y así fue cómo todo sucedió: Allison y Sam consiguieron una casa en el pueblo vecino; criaron a su hermoso segundo hijo, al que llamaron Lío, y fueron a visitar a Chloe cada fin de semana. Ella creció bellísima, libre, inteligente y, sobre todo, muy feliz.

O al menos eso fue lo que imaginó, segundos antes de que el avión se hiciera trizas contra el suelo.

EL CAMINO HACIA LA LUZ

IRENE CIRERA LUMBIERRES

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS
FORMATIVOS

ME PERSIGUE la idea de huir, de marcharme y dejarlo todo atrás. Sueño con retornar a mi vida y no volver a pisar este maldito hospital, ni mucho menos volver a recostarme en esta cama. No quiero pasar los últimos días de mi vida aquí encerrada, no, no como lo hizo mi madre. No lo puedo permitir. Anhele poder volver a pisar la calle, correr libre y cumplir todos mis sueños. Pero no lo lograré. Solo deseo marchar, ya sea por mi propio pie o en ataúd. Esta enfermedad me ha golpeado muy duro durante los últimos cuatro años y me está venciendo. No creo que pueda conseguirlo. Lo único positivo es que, finalmente, me reencontraré con mamá.

Ya se han cerrado todas las luces. Aunque estoy agotada mentalmente, mi cuerpo se siente vivo dentro de este gran cansancio y dolor. Miro la hora y ya pasa de la medianoche. El reflejo de la luna se asoma por la ventana y se proyecta en la pared formando una pequeña puerta. Carmen Rodríguez, mi enfermera, debe de haberme dado más ansiolíticos que de costumbre. Es muy tarde y por fin consigo dormirme.

Al amanecer, me encuentro con mi tía acostada a los pies de mi cama. Le pregunto por Carmen, se fue hace horas. Me duele todo el cuerpo, ni siquiera consigo articular palabra alguna el resto del día. Al hallar otra vez a Carmen, le consulto por la medicación de ayer y le explico la puerta que supuestamente vi. Reconoce que ella también la percibió. Acordamos investigar sobre ella esta noche, cuando nadie esté despierto.

Al fin, ha llegado la hora de la aventura, me parece una locura, pero por intentarlo no pasa nada. Son las tres y Carmen aparece por la puerta con su

particular sonrisa. No tengo fuerzas para hablar, pero tan solo con la mirada ya ha entendido mi emoción. Conduce mi cama hacia la pared y ante la sorpresa de ambas, ¡la atravesamos! No era lo que esperaba para nada. Nos adentramos a través de una densa niebla que nos impide la visión. Mi compañera de locuras me da la mano, y lo agradezco, porque un escalofrío me recorre la espalda.

¿Qué ha pasado? Miro alrededor y no veo nada, la enfermera Rodríguez no está. Me siento perdida y desubicada. Recuerdo cuando cruzamos la pared la noche anterior y que ella estaba conmigo. Me siento sola. ¿Esto es la muerte? Siempre la había imaginado como un lugar donde reencontrarse con quienes ya habían partido y estar todos juntos. Siento ruidos lejanos y me tapo con la manta. Aparece un robot con una pequeña pantalla en la parte frontal. Me asusto al notar sus fríos dedos metálicos en contacto con mi mano. Mi respiración se acelera y empiezo a agobiarme. Me tranquiliza y me pide que le acompañe, así podrá enseñarme donde estoy y como volver a casa. Lleva mi cama hacia un lugar totalmente blanco. Una sala de color blanco nuclear donde empiezan a salir imágenes aleatorias con personas. Me fijo en ellas, una niña pequeña llama mi atención. ¿Qué es esto? Me giro y quiero preguntarle, pero ya no hay nadie. ¡Soy yo! Son fotos de mi infancia, en la mayoría aparezco en los brazos de mi madre. Se me están llenando los ojos de lágrimas al acordarme de ella. La echo tanto de menos...

De repente, una notificación aparece en la gran sala, en ella hay escrita una pregunta: ¿Desea continuar su viaje? Y debajo hay una tecla verde con un "Sí" en ella, y otra roja con un "No". Grito "sí", pero no funciona. Se ilumina otra vez y veo escrito: "Puedes levantarte". No me lo creo, pero lo intento. Mágicamente lo consigo. Corro y salto por la sala libremente. Me acerco y le doy con mi dedo. Se abre una gran puerta en el centro de la habitación y se oye ruido. Me adentro a través de ella y aparezco en una calle como cualquier otra. La gente está en ella comprando, corriendo, jugando, hablando... Parece el mundo real. Vuelve a aparecer el robot a mi lado, y su pantallita me indica que se llama Alpha. Su brazo mecánico señala una dirección y le sigo.

Cruzamos diversas calles y parques y, finalmente, llegamos al portal de una casa humilde pero agradable. Me resulta familiar, entramos, seguimos un pasillo y alcanzamos la sala de estar. Hay personas de diferentes edades jugando a las cartas muy emocionadas y en un ambiente competitivo. Me giro para buscar a Alpha, pero otra vez ha desaparecido. Me propongo entrar y avisto... ¿a mi madre? Corro hacia ella y me tiro en sus brazos. Me abraza con fuerza y no puedo frenar mi llanto desconsolado. Después de dos años sin ella por fin puedo sentirla de nuevo.

Al cabo de un rato, me uno al resto en el juego de cartas, mientras me explican cómo han terminado allí. Resulta que son mis ancestros, los abuelos de mi madre, los padres de estos, y así hasta seis generaciones atrás. Les pregunto por el resto, es decir, las generaciones pasadas, pero no se encuentran ahí. Porque cuando alguien de tu sexta generación se muere, no puede quedarse más. Se rumorea que pasa a otro mundo en el que está con sus seis generaciones pasadas, como si fueran niveles y poco a poco va ascendiendo. Aunque también hay quien cree que pasado ese tiempo se reencarna y vuelve a la vida. Lo que está claro es que nadie lo sabe seguro.

También me cuentan sobre Alpha y como llegó a ellos: “Cada dinastía, es como llamamos aquí a las familias, tiene la posibilidad de incorporar una mascota. La nuestra fue abandonada por unos señores ricos que les parecía inútil. Entonces, nuestra primera gran bisabuela la trajo a esta casa y nos la quedamos. Debido a ese rechazo que sintió, le cuesta interactuar con las nuevas incorporaciones familiares porque tiene miedo a no gustarles, pero cuando coge confianza se pasa el atardecer contando historias sin parar”.

Mamá me pregunta por papá, por Nico, la tía, los abuelos, mis amigas... para saber cómo están todos. Le cuento que se encuentran genial, aunque están preocupados por mí. Es entonces cuando me doy cuenta de que he estado tan entretenida oyéndolos a todos que no me he detenido a pensar en qué hago aquí. Le he dado vueltas y más vueltas y solo he sacado una conclusión: estoy muerta. Quiero estar con mi madre para siempre, pero no quiero morir, echaré de menos a todos quienes he dejado atrás. Tenía previstos muchos planes para mi vida y ya no podré cumplirlos. No

me imaginaba esta sensación al morir, quería que fuera un alivio. Pero solamente me he dado cuenta de que no he vivido, ni siquiera he conseguido sobrevivir. Mi madre me mira curiosa y me pregunta qué me pasa. Había olvidado lo rápido que leía los pensamientos. Le cuento que, aunque la quiera con todo mi corazón, deseo volver. Podremos reencontrarnos dentro de unos años, cuando ya sea mayor. Me comprende y me confiesa que existe la posibilidad de regresar. Sin embargo, muy pocas personas lo han logrado.

Me despierto muy cómoda en una habitación cálida y arreglada. El empapelado es rosa pastel y hay también un armario de roble empotrado, junto con un tocador y un espejo. Abro el armario y me visto con lo que encuentro. Hoy es el gran día en que podré volver. Llevo un vestido corto de flores azules el cual perteneció a mi madre cuando era joven. Me dirijo a la cocina y me encuentro a la tía abuela Rosario y su marido. Me indican que para desayunar han preparado zumo de naranja, tostadas con mermelada y huevos fritos. Cuando termino de comer me siento satisfecha, ¡estaba muy bueno! Al mediodía aparece mi madre con la compra para el resto del mes. Al cabo de un rato, salimos a la calle y cogemos las bicis para ir a la parte más alejada de la ciudad.

Llegamos a un viejo templo muy bien conservado, con columnas que lo rodean. “Templo de Hades” indica un cartel en la entrada. Antes de subir las escaleras, mi madre me para y me sujeta por los hombros. “No puedo entrar ahí contigo porque es un proceso que se debe realizar solo. Si sale bien y funciona, ya no me volverás a ver hasta que vuelvas definitivamente. Si no, no te preocupes, te adaptarás a nuestra vida y podrás vivir feliz”. No me gusta la idea de no estar con ella, pero el hecho de verla me ha dado las fuerzas necesarias para seguir adelante. Nos abrazamos fuertemente mientras lloramos. Finalmente, subo las grandiosas escaleras y entro. Hay enormes puertas de mármol en el interior. ¿“Hola”? pregunto, pero nadie contesta. De repente, una de ellas se abre y sale una luz azulada. Una voz me ordena que pase. Me adentro mientras alguien sigue hablando, aunque la sala está vacía. Me señala que me siente en un taburete clásico y me explica qué tengo que hacer.

Me pregunta por mi vida en el mundo de los vivos y cómo me sentía. También si creo que realmente me echan de menos, y porqué debería darme la oportunidad de volver. Voy respondiendo las preguntas una tras otra, pero me parece raro hablar de temas tan profundos con la pared. Tras varias horas, me anuncia que hemos llegado a la última fase. Esta consiste en dormirme en una cama que hay al lado, soñar que quiero volver y si mi sentimiento es real se cumplirá. Me acuesto y cierro los ojos. Se apaga la luz y la voz va relatando mi vida cotidiana para que me la imagine y me sea más fácil el regreso.

Me despierto sobresaltada. Oigo a mi lado un pitido que se va acelerando. Me giro y se trata del monitor del hospital que indica el latido de mi corazón. Avisto a mi padre, mi tía y mi hermano Nico. Se abalanzan sobre mí y empiezan a gritar de la emoción. Cuando recuperan la calma me explican que estaban todos reunidos para despedirse de mí, porque las enfermeras les habían advertido que seguramente no superaría la noche. Llevaba días en coma y no confiaban en que aguantara más. Les cuento que he visto a mamá y que estaba muy contenta, feliz y tranquila después del dolor que sufrió en sus últimos días. Se alegran de escucharme, pero no se creen mi historia...

Pasados unos meses, puedo por fin hacer vida “normal”: dormir en casa, ir al colegio, salir con mis amigas... Después de una lucha tan larga y dura alcanzo la victoria. Soy libre de gritar que he superado el cáncer. Ahora sé que ha sido gracias a mamá. Aunque todos estén convencidos que el mundo de los muertos fue un sueño. Yo tengo claro que fue un milagro para conectar con mamá y que me enseñara que valía la pena luchar para seguir adelante. Todavía pienso en aquel momento con ella y la “visito” algunas noches durmiendo. Siempre me anima y sigue guiándome en esta vida...

LA CHICA DE LA CHAQUETA GRIS

MARTA PUJOL VÁZQUEZ

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS
FORMATIVOS

HOY HACE casi dos años que mi padre murió, casi dos años que vivo sola en un pequeño apartamento en Imun-dong en Seúl. Es sábado, de madrugada y como todos los sábados miro películas sola encerrada en mi cuarto y atiborrándome de helado. Si soy sincera no tengo un plan mejor ya que no tengo ni un solo amigo. Cuando fui a cerrar las luces para poner la película una de mis lámparas no dejaba de parpadear repetidamente, la apagaba, pero la luz no cesaba, incluso la desconecté, pero seguía parpadeando con intensidad. Asustada, llamé al señor Han el conserje del bloque por el pequeño telefonillo que había en la entrada del apartamento que comunicaba con el mantenimiento del edificio.

— Señor Han le he dicho que ya la he desconectado — le insistí al señor Han.

— Pues no lo sé niña, tal vez está poseída — me replicó el señor Han molesto, ya que lo había molestado durante sus escasas horas de sueño.

—¿Usted de verdad cree eso? — le contesté desconcertada.

— Pues claro que sí, los espíritus se comunican por las luces, si parpadea debe ser un código morse — me contestó con sarcasmo intentando asustarme, hecho que consiguió.

Asustada colgué el telefonillo y me giré a observar como la lámpara seguía parpadeando. Decidida busqué en el navegador de mi ordenador el código morse y cómo descifrarlo y en un papelito apunté los parpadeos de la lámpara. Traduje a mi ritmo hasta que el mensaje que la lampara supuestamente me mandaba era traducido como teléfono. Espera, ¿teléfono?

Confundida, acerqué a la lámpara mi iPhone sin ninguna respuesta hasta que un viejo teléfono de adorno en mi cuarto empezó a sonar. Nunca había sentido tanto miedo en mi vida, se me pusieron los pelos de punta, verdaderamente un espíritu se intentaba comunicar conmigo. Después de escuchar el horrible sonido del teléfono me decidí a cogerlo.

— No nos conocemos, pero te necesito, necesito que me ayudes — dijo una voz masculina grave desde el otro lado de la línea.

— ¿Estás dentro de la lámpara? — pregunté aturdida.

— Sí, y en las luces, en tu televisión, en tu telefonillo, en tu iPhone, oh y también en tu ordenador — dijo de nuevo esa voz. De repente todos los aparatos del cuarto empezaron a parpadear dándome a entender que estaba en todas partes.

— ¿Qué quieres de mí? — le contesté perpleja por la situación.

— Coge esa chaqueta gris que está en tu silla — me respondió.

— Son las cinco de la madrugada — repliqué.

Solo cógela y muévete — dijo el hombre suspirando.

Salí del edificio y me dediqué a seguir las instrucciones del hombre misterioso a través de un teléfono viejo caminando por las calles de Seúl sin rumbo alguno. Llevaba aproximadamente una hora caminado hasta que llegué a un parque en el noreste de la ciudad en Seodaemun-gu. No había absolutamente nadie y el sol empezaba a salir, tampoco hacía mucho frío, era primavera y los cerezos estaban floreciendo.

— Hemos llegado — me dijo desde el teléfono que llevaba cargando durante mi larga caminata.

— No veo nada, ¿para qué me has traído aquí? — le repliqué.

— Aquí asesinaron a alguien — dijo. Mi corazón dejó de bombear sangre y paró de latir, por lo que a mi parecer, fue una eternidad.

— ¿Ves los cerezos a tu derecha? Ahí se encuentra su cuerpo — explicó. Estaba paralizada y sentí un escalofrío en mi espina dorsal, el frío se sentía

más intenso y el viento movía mi larga melena. Me sentía desprotegida, como si algo malo fuera a pasar.

— Debes ayudarme a sacarlo — demandó.

— Es una broma cierto, estás bromeando... yo no puedo ayudarte — dije chillando.

— Hyejin, escúchame debes hacerlo, ¡ni se te ocurra colgar! — me amenazó. Ya no sabía que hacer, así que dejé el teléfono encima de un columpio sin ni siquiera colgar.

— ¡Hyejin! — gritaba el hombre desde la otra línea desesperado, pero yo solo me limité a huir. Corrí unas cuantas manzanas y paré en un bar de veinticuatro horas. Ya había gente sentada ya que muchos empiezan a trabajar de madrugada entre las seis y las siete. Había un señor leyendo el periódico, dos jóvenes bebiendo café y en la esquina una mujer comiendo un bol de ramen. Me moría de sed y sueño, necesitaba despertar de esa pesadilla. Me senté en una de las mesas del bar esperando a que me atendieran. La mujer encargada de la tienda parecía no tener mucho trabajo, aun así no pareció notar que me había sentado en una de las mesas cerca de la televisión. La mujer la encendió en el canal de las noticias y lo que vi en ellas me horrorizó.

— Se llama Song Hyejin, tiene diecisiete años, no tiene familia y renta un apartamento en mi edificio. Tiene el pelo negro y largo, debe medir un metro sesenta cinco, siempre lleva puesta una chaqueta gris y hace tres días que la vi por última vez — informó el señor Han al periodista que lo estaba entrevistando.

— Si alguien la ha visto llamen al 119 — informó un policía con mi foto en primer plano del noticiero.

Estaba histérica, me estaban buscando, pero yo no había desaparecido. En estado de pánico empecé a chillar lo más fuerte que pude, nadie parecía verme, como si fuera invisible, como un fantasma. Salí del bar chillando, tampoco nadie parecía verme ni oírme así que corrí. Corrí sin parar durante cuarenta minutos hasta llegar de vuelta a Imun-dong. Al llegar estaba lleno

de policía rodeando el edificio. El señor Han se encontraba a un lado de la acera con un café en sus manos mirando el trabajo de investigación que se estaba llevando a cabo.

— Señor Han, soy yo, Hyejin, ¿no me ve? — dije llorando sin parar.

— ¡Estoy aquí!, no debe buscarme señor, estoy bien — le repetí sin respuesta alguna.

Miré hacia el edificio, la luz de mi habitación aún seguía abierta. Desde fuera se podía ver aquella lámpara que me había traído la desgracia. Me dirigí hacia el edificio y subí hasta mi apartamento. La puerta estaba abierta y tenía cinta amarilla alrededor de ella impidiendo la entrada al pequeño piso. En mi desesperación arranqué la cinta policial y corrí hacia mi cuarto, allí vi la maldita lámpara apagada, como si nada hubiera ocurrido. Encima de la cama se encontraba el teléfono que había dejado abandonado en un columpio del parque de Seodaemun-gu, perfectamente colocado encima de la colcha. Inesperadamente la lámpara se encendió y empezó a parpadear de igual manera que había estado parpadeando durante la madrugada. Repentinamente el teléfono volvió a sonar. No me lo pensé ni dos veces y lo cogí respondiendo a la llamada entrante.

— ¿Qué me has hecho? — grité desesperada. Esperé unos segundos y no obtuve ninguna respuesta.

— ¡Contéstame! ¿Qué me has hecho? — repetí. Seguía sin obtener una respuesta solo el sonido de la respiración del hombre misterioso.

— ¡Responde idiota! ¿Soy yo la chica de la chaqueta gris? ¿Soy yo la Hyejin que buscan? ¿Por qué nadie me ve? ¡Responde!

— Lo siento Hyejin, de verdad — respondió al fin el hombre misterioso.

— ¿Es una pesadilla verdad? Estoy soñando, es eso, solo tengo que despertar — hablaba como una loca, ya estaba empezando a delirar.

— Hyejin, te pedí ayuda, para sacarte del cerezo — dijo dejándome confundida.

— ¿Para sacarme? Dijiste que alguien había sido asesinado ahí y que lo enterraron bajo el cerezo... — alegué con nerviosismo, de qué estaba hablando, no entendía nada.

—Tú eres la que está enterrada bajo el cerezo Hyejin, necesitaba de tu ayuda para que te encontraran — aseguró él. En ese momento mi mundo se derrumbó y mi respiración se disparó, estaba entrando en ataque de pánico, mi rostro estaba paralizado mientras mil lagrimas salían de mis ojos, los sonidos de mi alrededor se escuchaban más bajos y mi vista se estaba tornando borrosa.

— Hyejin, tú fuiste asesinada en Seodaemun-gu hace tres días — alegó el hombre.

— ¿Qué debo hacer? Haré lo que sea por favor... — rechisté.

— Es demasiado tarde, ya te encuentras en el otro lado y hasta que alguien encuentre tu cuerpo te encontrarás entre el mundo de la vida y la muerte, en un limbo constante, deseando escapar — me explicó.

— No puedes hacerme esto, por favor, ¡no puedes dejarme aquí! — ahogué en un grito.

— De veras que lo siento, pero yo ya no te puedo ayudar — dicho eso, la llamada se cortó.

Estoy muerta pero no me he ido, puedo quedarme en la tierra, pero no en paz. Pueden pasar días, meses, años, incluso décadas, sin que nadie me encuentre, o lo peor, que nunca nadie me desentierre del cerezo. Hasta que eso pase solo seré la desaparecida chica de la chaqueta gris.

EL ENSORDECEDOR SILENCIO

PAU SALA

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO

HARVEY SE despertó en su refugio. La de hoy sería otra noche más. La frialdad del suelo, sobre el cual se apoyaba, se reducía a una lámina de madera podrida que le helaba todo el costado derecho. No hacía mucho frío, más bien era como un clima templado de otoño. Se levantó, con desgana, y fue andando hacia la cocina. Se había olvidado. La noche anterior, se había herido el tobillo derecho y cuando intentó apoyarlo, casi cae al suelo. Un hombre salvaje había intentado entrar en el refugio, y lo logró. Por suerte, estaba preparado para ello. Alzó la vista y vio el hacha, manchada de un tinte rojo, con el mango ya ligeramente deteriorado. Ese “ser” (si se le puede atribuir un alma) usó un trozo de madera y casi le rompe el tobillo. En el exterior del refugio, los árboles poblaban la totalidad de la vista de las escasas ventanas del edificio. Una palabra más adecuada sería cabaña, o incluso chalé. Las paredes, de cemento fracturado y llenas de parásitos vegetales, apenas soportaban el peso del tejado, lleno de pequeños pero aparentes agujeros. Los árboles alrededor de la morada eran pálidos y oscuros a la vez. Apenas parecían estar vivos. El árbol que había talado ayer para alimentar el fuego estaba ya tan alto como cualquier otro. No sabía mucho de biología, así que la edad del bosque era incierta para él. En una ocasión, un árbol creció a través del suelo de la choza del generador de gasolina, su única fuente de electricidad y de luz. Si un árbol crecía, se quedaría. No cabía duda.

Harvey anduvo, cojeando, hasta la choza del generador, para detenerlo; la gasolina era un bien preciado y escaso. Hoy era una noche para saquear, la zona noroeste del refugio aún no había sido explorada, y la gasolina

escaseaba. Con alguna mirada de reojo, vio algún vehículo, así que había esperanza. Aunque, por ahora, se centraría en tratarse y vendarse el tobillo, que aún sangraba ligeramente. Se sentó al lado del horno de leña, la única fuente de calor en kilómetros a la redonda. La única que conocía. Lentamente, se quitó los fragmentos de piedra y madera incrustados en su tobillo, producto del violento impacto seco de ese hombre salvaje. Si supiesen dónde estaba su refugio, lo atacarían, sin duda. Normalmente era en grupos pequeños, puede que de tres o cuatro, pero a veces eran más de ocho fuertes, salvajes y agresivos “hombres” (meras criaturas, dignas de considerarse monstruos). La herida tenía un dolor punzante, pero, con el tiempo, logró vendarse el tobillo y fue capaz de andar e incluso correr durante unos instantes. Su tiempo allí era limitado, así que cogió su hacha y abandonó la seguridad de su refugio lo antes posible.

El bosque estaba calmado. Asquerosamente silencioso. Repulsivamente quieto. Odiaba la sensación que desprendían los árboles del bosque. El silencio le daba dolor de cabeza. Sus oídos iban a estallar en cualquier momento. El latido de su corazón se convirtió en el único sonido que percibía. Su respiración, con un ligero resfriado, era fuerte y profunda y, sobre todo, muy estridente. Los sonidos corporales de Harvey, usualmente leves y tranquilos, ahora parecían importantes y ruidosos. Repugnante. Sus pasos apenas eran audibles, debido a la altura de la hierba que, junto a las raíces de los árboles, cubría el suelo por completo.

Llegó a lo que parecía un camión tumbado: un árbol había crecido a través de la cabina y otros árboles rodeaban el chasis, aunque las puertas parecían estar abiertas. Dentro de la cabina no pudo encontrar mucho, pero en el maletero encontró un bidón de gasolina y una pistola de bajo calibre. No sabía si las armas de fuego serían muy útiles en un sitio como aquel; podría defenderse a distancia, sí, pero las balas eran limitadas y, sobre todo, escasas. Se la quedó de todos modos, en una ocasión delicada podría llegar a ser provechosa. Harvey decidió volver al refugio para dejar el bidón de gasolina, ya que no podría seguir buscando con las manos llenas. Entró en la choza del generador y dejó el bidón a su lado, junto con uno vacío y otro a la mitad. Tenía poca, pero tenía. Eso era lo más importante.

Salió para reanudar su búsqueda. De nuevo, el silencio era lo peor, incluso peor que el miedo de ser asaltado por alguien o, más bien, algo. Caminó siguiendo un sendero, sutilmente marcado por la hierba muerta y la ocasional vista del suelo, arena y piedras. Este suelo era raro, la mayoría del bosque tenía por suelo más raíces de los malditos árboles. Ni siquiera su refugio se salvaba de las raíces: lo que debería haber sido una sala de estar en el pasado era ahora un campo de raíces del árbol más cercano. Estas, duras como piedras, cubrían todo el suelo del lado sureste del refugio, que apenas tenía un par de paredes. Era como si de un mero agujero en la pared se hubiese inundado toda la sala. Las demás habitaciones tampoco se salvaban; el baño, el dormitorio y la cocina estaban repletas de pequeñas raíces por el suelo, las paredes e incluso por el techo. No lograban penetrar completamente dentro de la casa, pero no estaban demasiado lejos de hacerlo.

Caminó un largo par de horas, hasta que se encontró con lo que parecía un pequeño pueblo. Énfasis en pequeño, ya que no debía tener más de siete chozas de madera, apenas con un dormitorio y un baño. Las que tenían suerte, tenían una sala de estar. No era bonito. Las casas, todas quemadas y desmoronadas, estaban repletas de raíces por todas partes. Buscando por los cajones de lo que una vez fue el hogar de alguien, no encontró mucha cosa. Una navaja suiza fue lo más insólito que encontró. Una herramienta importante, sí, pero nada más. Quiso volver a su refugio cuando Harvey vio una columna de humo, a unos 200 metros a su izquierda. Hacha en mano y preparado para una posible pelea, decidió ir a investigar. No pudo evitar ponerse nervioso; esos hombres salvajes no podían hacer fuego, así que fuese lo que fuese, sería más inteligente. Eso era reconfortante y a la vez aterrador. Al cabo de unos pocos minutos, divisó un campamento; probablemente, pensó, había dado con la fuente de la columna de humo. A lo lejos, una tienda de campaña, verde y raída. De nuevo, el silencio reinaba la zona, estratégicamente seleccionada por un suelo absente de hierba y raíces.

Decidió investigar la zona, carente del mínimo sonido, para saquear la utilidad de tal campamento. Al lado del ya extinguido fuego, una vez ardiente y humeante, se hallaban un par de cajas, una abierta y la otra cerrada

con llave, de un color verdoso militar. Debían ser nuevas, ciertamente, ya que estaban impolutas de óxido y flora. De la caja abierta, pudo sacar unas pocas balas para su arma de fuego y de la cerrada logró sacar frustración y perder tiempo con ella. Rindió su esfuerzo al cabo de una larga y extensa media hora, y se dispuso a investigar la tienda de campaña. Pero alguna cosa no encajaba. Por primera vez en mucho tiempo, Harvey oyó un sonido fuera de su cuerpo. Era el sonido de moscas y raíces retorciéndose en el interior de la tienda de campaña. Un olor pútrido salía de esta, y Harvey esperó lo peor. Pero estos eran tiempos difíciles, y estaba desesperado por sobrevivir una noche más. Abrió la cremallera de la tienda de campaña, y echó un vistazo al interior de esta. En el suelo yacía el cuerpo de un pobre hombre, cortado violentamente y partido por la mitad desde la cabeza hasta el abdomen. Un tinte rojo separaba las dos caras de tal aberración de la naturaleza, la cual, por suerte, parecía muerta. El bosque ya había empezado a descomponer al pobre “hombre”, si aún se le podía llamar así. Tenía una pistola, tintada de rojo oscuro y firmemente agarrada por la pálida “mano”, más bien lo que quedaba de ella, de tal cadáver. Harvey no llegó a tiempo para ayudarlo, así que cogió el arma que agarraba en su mano derecha. Cuando lo hizo, esta se separó del cuerpo, mostrando que los signos de descomposición ya eran avanzados. El bosque consumía todo lo que encontraba, y ese cadáver no era ninguna excepción. Decidió abandonar ese campamento antes de recibir el mismo destino. Ninguna pistola, por poderosa que fuese, podría haber hecho tal aberración.

Llegó al refugio al atardecer, justo a tiempo para prepararse para la noche. Pasar la noche fuera de un refugio era una sentencia de muerte, similar a la que sufrió el cadáver que encontró. Quizá no lo fuese, pero no sería él quién lo iba a descubrir. Entró en la choza del generador, lo arrancó y se preparó para cerrar puertas y ventanas. Con tablones de la misma madera que conformaban los árboles a su alrededor, empezó a tapar todo acceso al exterior por ambos lados. Clavo tras clavo, las puertas se fueron cerrando, y cayó la fría noche. Las luces del refugio estaban encendidas, nunca se sabía cuándo entraría un hombre salvaje, o algo peor. Con su hacha en mano, Harvey esperó para pasar la noche. Escuchaba ruidos, gruñidos y rascadas

en las paredes procedentes del exterior, pero nada logró penetrar sus defensas. Al fin, se manifestó el sol, y empezó la mañana. Cansado por pasar toda la noche despierto, cayó al suelo y se durmió. Mañana sería otro día.

Harvey se despertó y dio un buen golpe a la pared con el pie. Estaba en casa. El ruido de la ciudad volvió a sus oídos, finalmente. Rápidamente cogió una libreta y un bolígrafo que guardaba al lado de su cama. La libreta, amarillenta por su edad y con portada aún más antigua, apenas soportaba su propio peso. Era un regalo de su abuelo. En ella hacía un recuento detallado de sus recurrentes pesadillas en el bosque. Empezó a escribir debajo del antiguo escrito de su abuelo. Era una manera de asegurarse de que no estaba loco, saber que alguien también tuvo las mismas alucinaciones.

“Día 34. Hoy tocaba ir a explorar. Abuelo, estoy intentando seguir tus pasos y también yo he encontrado el pueblo. Vi un campamento, cosa que interrumpió mi búsqueda, pero mañana continuaré”.

FRIDA, DAME UNA PIEDRA

SARA DÍAZ ZANNOL

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO

VI NACER a Frida un 2 de febrero. Era un par de ojos diurnos de silencio y dulzura.

La vi crecer, como una llama lenta. Su prodigioso nombre débil cundir en las paredes, el eco reiterarse y fundirse.

Frida un ánima intrusa, mirada burlona. Habla y canta en sueños, también llora. La oigo y me mira, sonrisa torcida. Frida es de otro mundo.

Pero Frida miente. ¿Qué hija miente a su madre? Es testaruda, no da la razón.

Me cuenta historias, las retiene: dame algo, Frida. Dame algo tuyo. Dice que va al parque a jugar; acércate, Frida, ¿Qué escondes bajo el jersey? Ha robado un libro de la estantería de papá.

Le resbalan los dedos, todo el tiempo, todos los días. Sobre la hierba, entre las páginas. Siempre fuera nuestro, dentro suyo. Siempre sola.

No acepta la vida, le queda pequeña. Frida pinta una puerta en su habitación, remueve los muebles del salón.

Dime, Frida, ¿dónde encuentras todas esas palabras? ¿Qué te hace soñar tanto?

Los ojos en el plato, en la silla. Blanquísima, semblante encogido, el día en que le dije: dame algo más que silencio o dulzura, algo que tengas y no sepas.

Delicada, como quien no escucha los lamentos, me cuenta qué sueña. Me cuenta lo que sueña y no lo que piensa.

Dame algo que pueda tocar, le susurraba. Dame una piedra. Me mira a los ojos, Frida, los que reflejan mi angustia. Dice que el silencio reina sin

medida, en el pequeño ciclo este. Un pabellón sin salida, donde laten las sombras de la vida. Solo un inefable asilo, reprime la hermosura que de un hilo depende. Un hilo de la inmortal costura, para un tiempo que tan poco dura.

Y así, con la cabeza metida en otros mundos, se limitaba a contornear los perfilados trazos en el matiz, las rectas en las andanas, los pliegues en la ropa y la línea a la orilla del mar. A no atravesar los lados medios de las cosas, para mantenerse al margen de lo surrealista; a no decir demasiado ni demasiado poco, lo suficientemente distante y cercana a lo que la rodeaba.

Frida no cede ni se conforma. Frida, dame una piedra, con eso me basta.

Frida divina, Frida la letra i. Elude el humoso cansancio, el triste y malo sueño furtivo, el poso lento que deja el peso del reposo. Elude la muerte. Elude la vida.

Un día le digo que madure, dice que se va a acostar. Acércate, Frida, dime la verdad. Una verdad cualquiera. No te quedes quieta mirándome, como si quisieras decirme que hay demasiadas cosas mudas debajo de lo que se dice.

La miro, recostada e intacta, silenciosa. Sometida a las sombras de la vida, no burla, no habla; finalmente se parece a mí. Reprime su encanto frágil, un hilo de la inmortal costura.

¿Es así como la quiero? Dormida, muerta, Frida.

La miro, dócil, blanca como las sábanas. Ni un solo sonido filtrado en el aire.

Es como un ángel. Lloro, te lloro, Frida, por las noches. Te añoro. Lloro y después me pregunto qué soñarás.

Frida, hija mía, un día será madre. No querrá que la hagan esperar. Hay que levantarse, se hace tarde. Te he observado toda la noche, hablabas, nunca me hablas. Eres de otro mundo. Dame algo delicado, algo que pueda preservar.

Siento cómo te me resbalas entre los dedos.

Frida un ánima ajena, ojos retraídos. Dime quién eres.

¿Por qué mientes? ¿Qué escondes en las manos? Se avergüenza, burla a la vida. No me cuentes qué has soñado, no más historias. Dame una piedra.

Un día te enamorarás, Frida. Hay que crecer, se hace tarde.

Te he observado toda la vida, nunca me hablas. Dame algo difuso, algo que pueda averiguar.

Te pintas las manos, ahora tan grandes como las mías, aunque no te parezcas a mí. Ensucias el suelo de tierra, la pared de verde, nada queda blanco, solo tú. No callas, Frida, pero nunca me dices nada.

La gente te pregunta, te haces la sorda, te queda pequeño. No te conformas, demasiadas historias. ¿Qué esperas? Sé que no te gusta estar sola.

Frida se ha hecho mujer un 2 de febrero. Su portentoso nombre frágil repetido tantas veces, solo por mí.

Se le cae la voz, se le caen las cosas, porque le resbalan los dedos. Se mantiene en los márgenes, no ha saltado aún. Juega con los límites, se desliza entre lo mediocre.

Sabe que no puedo hablar por las dos, me cuenta historias.

Dame algo ligero, que pueda echar a volar. Dame certezas que pueda creer.

Quiero que te conformes con lo que te ofrezco.

Pero hoy es una mujer, que en la mano esconde piedras. Una llama intensa y fornida, que burla y canta en sueños. Mujer testaruda. Mujer de otro mundo.

No he conocido a nadie como Frida, nunca he conocido a Frida.

Frida, sonámbula por el salón cuando no puedo dormir. Dice que me favorece la cana cabellera, que sonrío menos. Envejezco, no es un secreto. Mi cuerpo se marchita con lentitud, mi carácter le sigue el ritmo. Estoy más fría, callada.

Pero tú floreces, al ritmo de la primavera. Resuenas en las paredes, retienes las historias.

Frida crece continuamente dócil, sin ansia, con expresión punzante. Crece lo sensible, débil de la rebeldía, de la libertad; y exhibe en el vacío su proclama. Trazando una sutil estría de trasiego, que se seca pero no marchita.

Esperabas una red oportuna para enredar tu cuerpo junto a tus más grandes anhelos y fantasías, tus sueños. A la promesa de un fin de liberadas pertinencias existentes para ti, reales para ti.

Ahora que creces empiezo a entenderte, te quiero despierta. No eludes la vida, sino las paredes estas. Donde el silencio reina sin medida, en un pabellón sin salida. Allí laten las sombras de la vida, sucumbe el inefable asilo, reprimiendo el encanto que depende de un hilo, un hilo de la inmortal costura para el tiempo que tan poco dura.

Te vi nacer un 2 de febrero; no te veré morir. Envejeceré pero Frida nunca se irá, crecerá conmigo. Querida mía, te creí desaparecida con mi madurez, torpe excusa de la sensatez; pero cómo haré entonces para no marchitarme.

Te he visto crecer como el fuego, burlona e intrusa, Frida mía, te he añorado. Todos mis sueños cantados, guardados, caídos en el olvido. Llorabas dormida y despierta y, sobre todo, reías. Sonrisa torcida, prodigiosa. Prodigiosa Frida, eras de otro mundo.

Obstinada, cabezota, de eso yo no tengo nada. Todas las historias, conservadas a memoria, no se quería saber nada más que aquello. Y ya para qué, decía luego, prefiero algo real. Dame una piedra, Frida. Dame una piedra.

El libro de papá bajo la blusa, aventuras o fábulas fantásticas. Semblante avergonzado, rubor en las mejillas.

Los dedos de Frida, escurridizos. Porque todo se le escapaba de entre las manos; retenía su memoria y nada más. Por el resto, control nulo, imposible preservar el dominio de la situación.

Y, siempre dentro nuestro, Frida, por supuesto. Porque era frágil lo que escondíamos, y especial, requerían cuidado las incógnitas del universo. Siempre solas.

Con la cabeza en otro mundo obtienes nuevas perspectivas. Limitada a no sobrepasar las perfiladas rectas de las andanas, los trazos en el matiz, los pliegues en la ropa y la línea a la orilla del mar. Frida no atraviesa los lados medios de las cosas, se mantiene al margen de lo surrealista; no decimos demasiado, ni demasiado poco. Frida no cede ni se conforma. No me basta con una piedra.

Frida divina, la letra i. Eludimos el mundo este.

Hay demasiadas cosas mudas debajo de lo que se dice. Te miro, recostada y silenciosa, no burlas, no hablas. Tu frágil encanto reprimido, no es así como te quiero. No te quiero dormida, Frida, no te quiero callada.

Lloro, te lloro todas las noches. Te añoro, retengo tus sueños y tus historias.

Te me has resbalado entre los dedos, no te tengo más. ¿Qué me espero? No me gusta estar sola. Dime quién eres, Frida. Dime quién eres y recuérdame quién soy.

COMENTARIOS DEL JURADO

VIII Concurso de Relatos Cortos (2023)

Acta de Resolución de los premios del *VIII Concurso de Relatos Cortos* Lleida, 14 de abril de 2023

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE CUALQUIER GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

1er Premio, al relato titulado **Vivir y morir y otras tonalidades de gris**, firmado bajo el seudónimo Amalia, que nos presenta a una protagonista que es la perfecta muestra del espíritu de supervivencia del ser humano y su capacidad de superación. Este relato en tercera persona nos acerca a qué significa vivir gracias a una máquina que consigue que nuestro corazón no deje de latir. Abierta la plica resultó ser **Eva Peral Martínez**, alumna de 4º Curso, del Grado de Comunicación Audiovisual de la Universidad de Lleida.

2º Premio, al relato **Mirakle**, firmado bajo el seudónimo Nebty, una historia con narrador omnisciente que demuestra que hay otros mundos en este mundo, como el de la tribu que conoce su protagonista tras un accidente de avión. Abierta la plica resultó ser **María Sol Gutiérrez**, alumna de 1er Curso, del Grado de Filología Hispánica de la Universidad de Lleida.

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD EN CUALQUIER TITULACIÓN DE GRADO O SIMILAR DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

No se presentó ningún relato y, por tanto, el jurado declara esta categoría desierta.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS FORMATIVOS

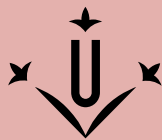
1er Premio, al relato titulado **Camino hacia la luz**, firmado bajo el seudónimo Sidney, un relato escrito en primera persona que destila entusiasmo y vitalidad, sobre todo teniendo en cuenta que su protagonista es una joven enferma de cáncer. Abierta la plica resultó ser **Irene Cirera Lumbierres**, alumna de 1º de Bachillerato, del Col·legi Claver.

2º Premio, al relato **La chica de la chaqueta gris**, firmado bajo el seudónimo Mari y que consiguió transmitirnos una de las características de la mejor novela negra, su atmósfera misteriosa y asfixiante. Escrito en primera persona es insólito el descubrimiento de su protagonista, está muerta pero no se ha ido, se ha quedado en la tierra aunque no en paz. Abierta la plica resultó ser **Marta Pujol Vázquez**, alumna de 2º de Bachillerato, del Institut Ronda.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO.

1er Premio, al relato titulado **El ensordecedor silencio**, firmado bajo el seudónimo J. J. Miles y que nos presenta un relato en tercera persona de una sociedad imaginaria con características causantes de la alienación humana. Su protagonista tiene recurrentes pesadillas en un bosque que, de manera sorpresiva, lo acercan a su abuelo. Abierta la plica resultó ser **Pau Sala Aizpún**, alumno de 4º ESO, del Institut de Ponts.

2º Premio, al relato **Frida, dame una piedra**, sin seudónimo, cuya trama principal escrita en primera persona es la crucial relación entre una madre y su hija, una relación complicada que las hace retroalimentarse tanto en lo bueno como en lo malo. Abierta la plica resultó ser **Sara Díaz Zannol**, alumna de 4º ESO, del Institut Torre Vicens.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
Clàssica, Francesa i Hispànica